

los hombres? *Mercier de la Rivière* dice muy bien que la sociedad de los hombres está tanto en el órden de la naturaleza, que existe virtualmente, sin convenio expreso, por la sola fuerza de las cosas. La teoría del equilibrio ¿no implica que existe un vínculo natural entre las naciones? La idea misma del derecho de gentes ¿no supone que todos los Estados forman una sociedad? No falta, pues, sino buscar el verdadero fundamento de esta gran sociedad, á fin de organizarla de manera que responda al fin de toda sociedad humana. Esta sólida base es la fraternidad. En efecto, la naturaleza establece de nacion á nacion los mismos deberes y los mismos derechos que de un hombre á otro. Para probar que esta idea no es quimérica, *Mercier de la Rivière* invoca la autoridad de los príncipes: ¿no se dan el nombre de *hermanos*? Cojámoslos por la palabra. No son hermanos por la sangre, lo son como jefes de las naciones que representan. Despues de todo, dice el *Amigo de los hombres*, ésta es la voz de la naturaleza. ¿Se quiere una prueba de que las divisiones nacionales no son más que artificiales? Edúquense juntos cien niños de las diferentes naciones de las cuatro partes del mundo, sin decirles que son recíprocamente extranjeros, y se verá cómo nacen entre ellos esos vínculos de intimidad que caracterizan la sociedad. Los hombres son, pues, todos hermanos por naturaleza (1).

Los *economistas* se ponen al parecer en oposicion con un sentimiento sagrado, el amor de la patria. Pero, si lo atacan, es en sus excesos. «Una preocupacion fatal, dice el abate *Baudeau*, pero casi universal, ha hecho confundir las ideas de extranjero y de enemigo. Se ha considerado á las naciones como necesariamente constituidas en un estado de guerra entre sí. Se ha santificado, por decirlo así, esta desdichada preocupacion; se la ha convertido en una virtud bajo el nombre de patriotismo.» Así definido, el amor de la patria no es más que el ódio al extranjero, y merece ser condenado como producto de un bárbaro egoismo. *Mirabeau* hace ver muy bien que este egoismo vicia todas las relaciones de los hombres. «¿Cómo puede esperar alguna fraternidad entre sus súbditos un gobierno cuya tendencia marcada es el interes exclu-

(1) *MERCIER DE LA RIVIÈRE*, t. II, 2, p. 528-532.—*MIRABEAU*, t. III, p. 16.

sivo? El Estado será un extranjero y un enemigo para las provincias; cada provincia será hostil á las demas. ¿Cuál será el único vínculo de los ciudadanos? El interes. La sociedad será semejante á esos animales carnívoros que se ayudan y se unen en cierto modo para la rapiña, y luego riñen al repartirse la presa» (1).

En los tiempos modernos el comercio y la industria son los que principalmente fomentan los ódios nacionales. En vano la religion dice á los pueblos que son hermanos; cuando habla el interes, la voz de la religion no es escuchada. No habia más que un medio de curar esta preocupacion secular, y *Quesnay* lo ha encontrado. Prueba que se engañan los que creen que su comercio no puede prosperar más que á costa del de otras naciones, «porque un Dios justo y bueno ha querido que esto fuese imposible, y que el comercio, de cualquier manera que se realizase, no fuese nunca más que el fruto de una ventaja recíproca.» Es preciso, pues, renunciar á la política antigua, y seguir la ley de la naturaleza que nos predica la fraternidad y la armonía (2).

Los *economistas* tenían todo el ardor de una fe nueva. Se les dió el nombre de secta; eran algo mejor que una secta, porque no se dirigian á una sociedad particular; abarcaban en sus especulaciones la humanidad entera. Cuando sus doctrinas hayan entrado en la conciencia general, el género humano no formará más que una sociedad en cuyo seno reinarán la fraternidad y la paz. Escuchemos á uno de los más nobles representantes de esta escuela. *Du-pont de Nemours* resume su ciencia en la teoría de los deberes; tenemos deberes para con Dios, con nuestros semejantes y con nosotros mismos. ¿Cuáles son nuestros deberes para con Dios? «La adoracion del autor de la naturaleza y del gran órden con que incesantemente nos favorece por nuestras propias manos; la obediencia á este órden universal, sea cual fuere el impulso de nuestro interes momentáneo, siempre ciego y perverso, cuando contrarie la ley del órden; en fin, la resignacion absoluta á todo lo que esta ley disponga de nosotros y de nuestros intereses.» Nuestros deberes respecto de nuestros semejantes consisten en mirar

(1) *Coleccion de los economistas*, t. II, 2, p. 808.—*MIRABEAU*, t. III, p. 147.

(2) *Coleccion de los economistas*, t. II y sig., p. 176.

sus intereses como si fueran los nuestros. Nuestras relaciones nos indican los grados de progresión de estos deberes. La exactitud en la observancia del orden de nuestras relaciones nos conducirá á la fraternidad universal. Nuestros deberes respecto de nosotros mismos se reducen á aumentar nuestros derechos extendiendo nuestros deberes, cuyo cumplimiento será siempre beneficioso para todos, es decir que « HACER EL BIEN ES RECIBIRLO » (1).

Hé aquí una de las fases del evangelio político del siglo XVIII. ¿Tendrán los que lo maldicen una doctrina superior que oponerle en la esfera económica? No les queda más que un recurso y es decir que la fraternidad de los *economistas* es un plagio de la fraternidad cristiana. Si así fuera, ¿por qué ese ódio hácia el siglo XVIII, puesto que la filosofía no ha hecho más que aplicar los dogmas del cristianismo á los intereses sociales? Pero ¿es cierto que la fraternidad de los *economistas* es la fraternidad cristiana? Es un sentimiento más comprensivo. Los filósofos hacen abstracción de las creencias religiosas; miran á todos los hombres como hermanos, sean cristianos, judíos, mahometanos ó budistas. La fraternidad cristiana ha seguido siendo una palabra vana en manos de la Iglesia; no le ha impedido provocar las guerras más crueles y dividir á los hombres en sectas que se profesan un ódio irreconciliable. Sucede con la fraternidad de los cristianos lo que con el patriotismo de la antigüedad; es caridad entre los cristianos y hostilidad contra los no cristianos. Y aún para que los cristianos se traten como hermanos, es necesario que pertenezcan á la misma secta; entre las sectas cristianas la pretendida fraternidad no existe: el católico detesta al protestante, el luterano aborrece al calvinista, y todos se reúnen para odiar á los socinianos y á los unitarios. Ha sido necesario, pues, que la fraternidad cambiase de bandera, que se despojase del carácter exclusivo que le da la religión, para convertirse en vínculo universal de la humanidad. Esto quiere decir que la fraternidad ha tenido que dejar de ser cristiana y pasar por las manos de la filosofía para inaugurar la era de la santa alianza de los pueblos.

(1) *Colección de los economistas*, t. II, p. 334.

N.º 3.—*La filosofía.*

I.

Antes de finalizar el siglo XVIII las ideas de los economistas se habian propagado por toda la Europa. En Francia la filosofía y la literatura se apoderaron de las ideas de Quesnay; Turgot las llevó al gobierno. La doctrina, saliendo del círculo de la escuela, ganó en elevación. Oigamos á *Condorcet*, uno de los más grandes pensadores del último siglo, exponer las ideas nuevas en un recinto en que no penetran las innovaciones sino cuando han sido aceptadas por la opinión pública: Si *Condorcet* desarrolló las ideas de fraternidad y de solidaridad en un *Discurso de recepción en la Academia francesa*, es señal de que habian llegado á ser moneda corriente. Escuchemos á este noble representante de la filosofía: « Es una falsa política, dice, la que funda la prosperidad de un pueblo en la desgracia de las naciones extranjeras... La felicidad de un pueblo, léjos de aumentar con la decadencia de sus vecinos, debe, por el contrario, aumentar con su prosperidad, puesto que de esta manera recibirá el ejemplo de las buenas leyes, de los nuevos procedimientos de industria, en fin, todas las ventajas que nacen de la comunicación de las luces... Las barreras que se levantan entre los hombres son perjudiciales principalmente para el que las levanta; no sirven más que para fomentar los odios nacionales y corromper las costumbres... El verdadero interés de una nación no está nunca en separarse del interés general del género humano, porque la naturaleza no ha podido querer fundar la felicidad de un pueblo en la desgracia de sus vecinos, ni oponer entre sí dos virtudes igualmente inspiradas por ella, el amor de la patria y el de la humanidad. » La revolución de América dió nuevo alimento á estas esperanzas; inspiró á *Condorcet* estas palabras profundas acerca de la solidaridad del género humano, las más bellas que ha escrito un filósofo: « Cuantos más pueblos libres existan, más se asegura la libertad de cada uno. Y aún creo que, mientras

exista sobre el globo una gran nacion esclava, ni se ha decidido aún la causa del género humano, ni sus cadenas se han roto definitivamente » (1).

Acabamos de oír á un filósofo. Hé aquí un poeta que, invocando las leyes de la naturaleza, llega tambien á la fraternidad y á la solidaridad de los pueblos: « La misma política, dice *Bernardino de Saint-Pierre*, que, por fortuna, une á todas las familias de una nacion, debe unir entre sí á todas las naciones, que son familias del género humano. Todos los hombres se comunican, áun sin pensarlo, sus males y sus bienes de un extremo á otro de la tierra. Considerando nada más que los bienes de la naturaleza, véanse nuestros campos. Casi todos los vegetales que los enriquecen los debemos á los Egipcios, á los Griegos, á los Romanos, á los Americanos, á pueblos salvajes. El lino viene de las orillas del Nilo; la viña, del Archipiélago; el trigo, de Sicilia; el nogal, de Creta; el peral, del monte Ida; la patata, de América; el cerezo, del reino del Ponto..... ¡Qué preciosa armonía forma hoy el conjunto de esos vegetales extranjeros en medio de nuestros campos franceses!» Esta misma armonía debe establecerse tambien entre los hombres: « Todos somos solidarios. La felicidad de cada hombre va unida á la felicidad del género humano. Debe trabajar en el bien general, porque de él depende el suyo.» Esto mismo sucede con los pueblos; la felicidad de uno de ellos depende de la de sus vecinos. Estas ideas son las de Fenelon y de los economistas. Falta la cuestion de organizacion. Tambien en este punto *Saint-Pierre* opina como Mirabeau, quiere una asociacion general de los pueblos, como el *Amigo de los hombres*: « Enrique IV habia formado el proyecto celeste de hacer vivir en paz á toda la Europa; pero su proyecto no era bastante extenso para prevalecer; la guerra hubiera venido de las otras partes del mundo. Nuestros destinos están unidos con los del género humano. Las lágrimas de los hombres en el nuevo mundo hacen correr su sangre en el antiguo; y el grito de guerra de un salvaje á orillas de un lago ha resonado

(1) CONDORCET, *Discurso de recepcion en la Academia francesa* (1782).—Carta de un ciudadano de los Estados-Unidos á los Franceses (*Obras*, t. X y XII).

más de una vez en Europa y ha turbado el reposo de los reyes » (1).

No pidamos á un poeta ideas más precisas acerca de la sociedad del género humano; sus sentimientos tienen más importancia que sus proyectos. Demuestran el movimiento de los espíritus. En el siglo pasado tenía lugar un trabajo de cosmopolitismo, que pudiera calificarse de excesivo, porque amenazaba absorber cuanto hay de individual en la creacion. Cosa singular, en Alemania es donde esta tendencia se manifestó con más fuerza. Los Alemanes tienen en tan alto grado el sentido de la personalidad, que parece que no experimentan la necesidad de afiliarse á una sociedad particular; el individuo y la humanidad les bastan. Diríase que les falta la idea de patria. Tal es al ménos el espectáculo que presenta la literatura en el siglo XVIII. *Lessing*, genio universal, poeta, filósofo, teólogo, crítico, artista, tiene la misma universalidad en sus aspiraciones políticas. Es de la familia de los Leibnitz. Fué contemporáneo de la lucha violenta que Federico II sostuvo contra toda la Europa. El heroísmo del rey y de su valiente ejército inspiró á un poeta: los cantos del granadero Gleim animaban á los Prusianos y los sostenian en sus combates de gigantes. Aquellos cantos produjeron muy distinta impresion en *Lessing*, el amigo del poeta. Escribe á Gleim: « ¡El patriota absorbe al poeta, y qué patriota! un patriota bajo la forma de un granadero, violento, ciego, injusto.» *Lessing* no reniega por completo del amor de la patria, pero es á condicion de que el patriotismo no le haga olvidar que es ciudadano del mundo. Gleim se manifestó poco satisfecho de semejante juicio. Entónces *Lessing* volvió á la carga y confesó para su vergüenza, dice, que no tenia idea alguna del amor de la patria, que el patriotismo le parecia un defecto, una debilidad, heroica si se quiere, pero sin la cual, por su parte, se pasaba perfectamente (2). Con este espíritu escribió *Lessing* sus *Diálogos sobre la franc-masonería*. Dice que la reunion de los hombres en sociedades, si bien une á los individuos, se ha convertido en una nueva

(1) Votos por las naciones (*Obras*, t. I, p. 711).—*Estudios de la naturaleza* (t. I, p. 148 y 448).

(2) LESSING, *Cartas á Gleim*, de 1758 y de 1759 (*Obras*, t. XII, p. 125, 127, edicion LACHMANN).

causa de division. En efecto, cada una de estas sociedades particulares tiene su interes especial con el cual se identifican naturalmente los miembros del Estado. Es imposible que estos intereses diversos dejen de contraponerse. ¿Qué resulta? Que se destruye el vínculo que la naturaleza ha establecido entre todos los hombres. Un Aleman no ve ya un hermano en un Frances, sino un enemigo, y los Franceses y los Ingleses se detestan igualmente. Las religiones se localizan lo mismo que las costumbres y las leyes. Y sabido es cómo se aman un cristiano y un judío, sin hablar del amor que los católicos y los protestantes se profesan mutuamente.

Hé aquí el mal; pero ¿cuál es el remedio? Hay uno que sería heróico, y es la sociedad del género humano. Queda la dificultad de establecerlo y organizarlo. *Lessing* no es un espíritu político como *Turgot*, y ménos aún un utopista como el abad de *Saint-Pierre*. Toma el hecho tal como existe, y se pregunta de qué modo se puede combatir, neutralizar en cierto modo los funestos efectos de los ódios nacionales. *Lessing* imagina un medio que parece tan singular como la dieta del abate frances, y es una francmasonería filosófica. Los francmasones de *Lessing* no van tan léjos como el corresponsal de *Gleim*; admiten el patriotismo, pero no creen que el amor de la patria debe manifestarse por el odio al extranjero, por la guerra y la destruccion; si son patriotas, son tambien ciudadanos del mundo. Respetan la religion, pero no están precisamente convencidos de que su fe sea la verdad absoluta; creen con *Lessing* que la religion es una educacion, que por consiguiente debe variar segun los tiempos y lugares; no niegan la verdad, pero están persuadidos de que no se revela más que progresivamente por el intermedio del espíritu humano; esta creencia no les impedirá ver hermanos en los judíos, en los mahometanos y en los budistas (1).

No calificuemos todo esto de sueño y de utopia. Miremos alrededor de nosotros y descubriremos más de uno de estos francmasones; y, cosa singular, se entienden, participan de las mismas creencias, tienen las mismas aspiraciones, sin haberse visto nunca ni conocido. Hay, pues, una sociedad invisible, que se forma

(1) LESSING, t. x, p. 268-271.

bajo la inspiracion de Dios y que se extiende á medida que el pensamiento se emancipa de los lazos de un dogma exclusivo, y que el hombre sacude los hierros que le encadenan, primeramente á una familia, despues á una ciudad, más tarde á un Estado. Esta sociedad invisible no impide la existencia de Estados particulares, ni de religiones particulares, pero tiende á armonizar los intereses opuestos de los pueblos, de la misma manera que procura reducir todos los cultos á una unidad superior. El bien que ha realizado ya nos da la certidumbre de que acabará por conseguir su objeto en los límites de la imperfeccion humana.

Tales son tambien las esperanzas de *Herder*, una de las almas más generosas que han aparecido sobre esta tierra. Sacerdote cristiano, se ha elevado por encima del estrecho espíritu de secta, para abrazar en su pensamiento á todos los hombres y á todas las naciones. Es cristiano, pero su religion no tiene nada de comun con el cristianismo tradicional; es más bien lo contrario de éste. *Herder* procede del helenismo, por lo ménos tanto como del Evangelio. No tiene nada de ese sombrío misticismo que ve en el hombre una criatura caída, en la naturaleza una creacion viciada. Cree, como *Rousseau*, que todo es bueno al salir de las manos de Dios; en lugar de condenar la naturaleza, quiere que su voz sea escuchada y seguida. *Herder* es un miembro de la francmasonería filosófica imaginada por *Lessing*. Reproduce su diálogo en las *Cartas sobre el desenvolvimiento de la humanidad*, añadiendo una piedra al edificio á que todo hombre debe contribuir. Pero no es un simple obrero mason, es un gran dignatario. Gracias á él, nuestra sociedad invisible da un paso considerable hácia su constitucion definitiva. La idea á que ha unido su nombre es la de la humanidad (1).

¿Qué es la humanidad? Todos somos hombres. La humanidad es el carácter de nuestra especie; nos es innata, pero al nacer no tenemos más que el gérmen, y este gérmen necesita ser cultivado. Tal es nuestra mision, tal debe ser el fin de todos nuestros esfuerzos. En el desarrollo del principio de humanidad consiste nuestra esencia divina. Todos los grandes hombres, legisladores, filósofos,

(1) HERDER, *Briefe zur Beförderung humanität* (Obras, t. XXXV, p. 104-113).